



Edward Rossel

— LOS —

NAVEGANTES



Los navegantes relata una de las epopeyas más fascinantes de la historia naval española, una hazaña que enfrentó a los españoles con la Corona portuguesa por las rutas de extremo Oriente. Mediante la colorista y muy documentada narración de las aventuras de los cuatro marinos que, sucesivamente, intervinieron en ella (**Magallanes, Elcano, Urdaneta y Legazpi**), Edward Rosset expone en toda su dimensión un episodio heroico de la historia de España y reivindica a unos hombres que se enfrentaron a las circunstancias más difíciles que imaginar se pueda en unos momentos, además, políticamente delicados.

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas han hecho posible este libro. Si hay algún error en mi interpretación de la información facilitada por estas personas, será exclusivamente mío.

Agradezco en primer lugar a Miguel de la Quadra Salcedo los testimonios que me ha facilitado sobre personajes como Urdaneta y su famoso «tornaviaje», es decir, el viaje de regreso desde Filipinas a México, que abrió una ruta que ha sido usada desde entonces y durante más de trescientos años por todos los barcos de vela, aprovechando los vientos favorables y las corrientes marinas. Miguel de la Quadra me demostró en todo momento sus enormes conocimientos sobre la historia del Nuevo Mundo, tanto sobre los protagonistas de este libro —Elcano, Magallanes, Urdaneta, Legazpi y sus nietos, Juan y Felipe Salcedo (antepasados del protagonista de la Ruta del Quetzal)— como de todos los conquistadores y exploradores españoles del siglo XVI.

Desde su retiro en Veracruz (México), el santanderino y primer premio Adena de Oro Vital Alsar me ha facilitado información de primera mano sobre las dificultades que tiene cruzar el océano Pacífico, cosa que él hizo en dos ocasiones en balsa, una en 1970 y otra en 1973. Con la *Marigalante* —réplica de la nave de Colón— cruzó el Atlántico en 1980, con destino a Santander.

José Luis Ugarte, el navegante que dio dos veces la vuelta al mundo en solitario, me proporcionó muchos conocimientos sobre la navegación en barcos de la época y ma-

niobras que podían llevar a cabo las velas latinas o cuadradas.

También me explicó cómo tomaban la latitud en esa época con astrolabios o cuadrantes muy elementales, y las dificultades de comprobar la longitud basándose solamente en la velocidad del barco mediante la «corredera».

El ingeniero naval Ignacio Fernández Val me invitó a visitar la réplica de la nave Victoria, que fue la primera en darla vuelta al mundo, y que él construyó para la Expo 92 y actualmente se encuentra en Sevilla.

Agradezco al Archivo General de las Indias los despachos que me han facilitado sobre los hechos acaecidos y las cartas de Legazpi dirigidas al rey Carlos V y viceversa.

La delegada de Cultura de la Diputación de Guipúzcoa, Koruko Aizarna, me apoyó en todo momento en este proyecto, que está protagonizado por tres insignes guipuzcoanos: Elcano, Urdaneta y Legazpi.

Debo agradecer al Ayuntamiento de Guetaria, pueblo natal de Elcano, y a su ex alcalde, don Mariano Camio, así como a su alcalde, don Josu Ecenarro, la colaboración prestada en todo momento facilitándome información valiosa sobre el primer hombre que dio la vuelta al mundo. Asimismo, pusieron a mi disposición las salas de la Casa Consistorial para hacer una exposición sobre Elcano con motivo de la celebración del «desembarco» de Elcano en Guetaria, que se celebra cada cuatro años.

También agradezco al pueblo de Zumárraga; representado por su alcalde, don Aitor Gabilondo, su amabilidad al responder mis preguntas sobre su hijo más insigne, Miguel López de Legazpi, mostrarme su casa museo y proporcionarme extensa documentación sobre él.

En el pueblo de Ordizia —antiguamente Villafranca de Oria— encontré toda clase de facilidades por parte de la alcaldesa, doña Alejandra Iturrioz, que me mostró un lienzo del siglo XVIII que cuelga sobre la entrada principal de la

Casa Consistorial y me facilitó información sobre este agustino internacional.

Desde el monasterio de los Padres Agustinos en Valladolid, los archiveros Fermín Uncilla y Constantino Mielgo tuvieron la amabilidad de enviarme un libro sobre Andrés de Urdaneta titulado *En carreta sobre el Pacífico*, escrito por los historiadores agustinos Isacio Rodríguez Rodríguez y Jesús Álvarez Fernández, así como mucha información adicional.

Todos los hechos descritos en este libro son fidedignos a grandes rasgos.

Sin embargo, no hay que olvidar que estamos ante un relato novelado, y no una biografía, por lo que me he tomado ciertas libertades con la historia al narrar los hechos, en los casos que no existe información sobre ellos. Por ejemplo, en lo que se refiere a Urdaneta, sabemos por una frase escrita por él mismo que regresó a España con una hija suya. No conocemos más detalles. Tampoco sabemos qué le impulsó a hacerse agustino a la avanzada edad de cincuenta y cuatro años.

Lógicamente, un novelista debe usar su imaginación para rellenar estos huecos en la historia y hacer amena y atractiva su lectura.

Espero haber conseguido con este libro mis dos propósitos: informar y hacer disfrutar al lector.

EDWARD ROSSET

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

LA DEUDA

La fuerte marejada que azotaba el litoral había obligado a todos los barcos a refugiarse en puerto. Las olas de un enfurecido Cantábrico rompían con estruendo en las rocas, levantando blancas cortinas de espuma de más de cinco metros de altura. El recio y frío viento norte aullaba al chocar con los acantilados y rociaba las casas de los marineros con miles de diminutas gotas blancas de salitre. Entre la bruma se distinguía el fuerte de San Antón, construido en la cima del saliente rocoso que, en forma de gigantesco ratón, protegía el puerto de Guetaria de las temibles borrascas del Golfo de Vizcaya.

—Juro que pagaré la deuda hasta el último ducado.

El mercader, Pierluigi Ceccarini, vasallo del duque de Saboya, miró fríamente al hombre que tenía ante sí. Juan Sebastián Elcano representaba más edad de los treinta y dos años que constaba. Típico hombre de mar, su rostro estaba curtido por miles de horas sobre cubierta; sus ojos oscuros, normalmente serenos y reflexivos, se movían inquietos en presencia del mercader. Una espesa barba negra bien cortada dejaba entrever unos labios delgados que denotaban fuerza de carácter, pero que ahora vibraban pálidos y temblorosos. Ceccarini había visto los mismos temblores y la misma palidez muchas veces en su vida, cobrar deudas impagadas formaba parte de sus tareas.

—Tengo órdenes estrictas de mi señor de cobrar la deuda. El plazo ha vencido y vos no habéis pagado los cien ducados de oro que os prestamos.

—Decidle al duque de Saboya que la Corona me adeuda una cantidad mucho mayor —arguyó quedamente el marino—. Cuando se me pague, os liquidaré todo lo que debo.

El mercader negó con la cabeza. Sus ojos se mostraban fríos, sin piedad.

—No podemos esperar. Vos firmasteis un documento por el cual poníais vuestro barco como garantía.

Juan Sebastián Elcano se sentía acorralado. El alto interés del préstamo que se vio obligado a pedir a los banqueros genoveses le impedía hacer frente a los pagos. Por otro lado, durante dos años había puesto su barco y su tripulación al servicio del cardenal Cisneros, tanto en África como en Levante, y la Corona le debía quinientos ducados de oro, una cantidad de dinero con la que podría haber hecho frente a sus deudas y considerarse un hombre acomodado.

Desgraciadamente, las arcas de la corona estaban vacías.

—¿Qué os proponéis? —preguntó con un hilo de voz, aunque de sobra comprendía la intención del mercader.

—Vendednos vuestro barco.

—¿Por cuánto?

—Por la cantidad adeudada.

Juan Sebastián sintió un nudo en el estómago. El barco era su vida, Con él había navegado por todos los mares conocidos; había traído frutos tropicales de las Canarias; vidrios y sedas de Alejandría; de noche había llevado de contrabando vinos y licores a Francia e Inglaterra. Cien veces había estado a punto de zozobrar en las fieras tormentas del golfo de Vizcaya.

—El barco vale más, muchísimo más —replicó al fin débilmente.

El mercader se encogió de hombros.

—Si no pagáis, os demandaremos ante la justicia. Podéis acabar vuestros días en la cárcel, si así lo deseáis.

El marino miró a través de la ventana de su casa. Una enorme ola explotó contra las rocas de San Antón formando un verdadero muro de agua.

—Sabéis que una orden real prohíbe vender barcos a países extranjeros.

El genovés se levantó de su asiento y se puso una capa impermeable oscura.

—Eso es problema vuestro. Creo que os será más fácil eludir a la justicia por ese «crimen» que por no pagar deudas. Volveré dentro de dos días con el contrato de compraventa del barco.

María de Errialde era una joven de dieciocho años, de bellos ojos claros y largo pelo oscuro. Desde niña se había sentido atraída por el apuesto capitán que casi le doblaba en edad. Para ella, Juan Sebastián Elcano representaba el valor, la gallardía, la caballerosidad de un vasco. Su corazón se disparaba cuando le veía entrar a puerto al timón de su barco. A menudo subía a lo más alto de San Antón, desde donde escudriñaba las naves que se acercaban a Guetaria o pasaban de largo hacia Zarauz o Fuenterrabía. En un pueblo tan pequeño como Guetaria, era imposible que esta atención pasara desapercibida. El mismo Juan Sebastián, en parte halagado y en parte atraído por la hermosura de la joven, no había puesto mucha resistencia a las atenciones de María, y los amoríos de los dos pronto fueron la comidilla del pueblo.

Domingo, el hermano mayor de Juan Sebastián, coadjutor de la parroquia, no veía con buenos ojos esta relación que se adivinaba imposible.

—No puedes seguir viéndote con María —le había dicho en una ocasión—. Es todavía una niña. Le llevas catorce años.

Juan Sebastián contemplaba el mar en calma a través de la ventana cuando contestó:

—El amor no conoce edades, Domingo.

El sacerdote se había sacudido de la sotana las migas de la enorme hogaza de pan de centeno de la que acababa de cortar una rebanada. Miró fijamente a su hermano.

—¿Quieres a María, Juan?, ¿estás realmente enamorado de ella?

Juan Sebastián se había acercado más a la ventana ensimismado en su contemplación del mar, o quizá para rehuir la inquisitiva mirada de su hermano.

—No lo sé, Domingo. No lo sé.

Había levantado los hombros en silencio con gesto de impotencia, repitiendo:

—Verdaderamente, no lo sé. Estoy muy a gusto cuando estoy con ella..., pero, francamente, no sé si eso es amor.

—¿Estarías dispuesto a dedicarle tu vida entera?

Juan Sebastián suspiró.

—Me pides mucho, Domingo, me pides mucho. Mi vida es el mar.

El sacerdote había sacado de una alacena un tarro de miel silvestre y extendido una buena porción en la rebanada de pan.

—Lo sé, Juan. Pero los marinos también se casan y forman un hogar.

Juan Sebastián se alejó de la ventana y se sentó en un banco de madera; cogió la hogaza de pan y cortó distraídamente una rebanada. Domingo le acercó el tarro de miel deslizándolo sobre la mesa.

—Para formar un hogar quizás elegiría a Isabel...

El coadjutor se quedó con la rebanada de pan a medio camino de la boca.

Una gota de miel cayó lentamente sobre la mesa.

—¿Isabel del Puerto?, ¿tu prima?, ¿la que vive en Orio?

Juan Sebastián asintió.

—¿Por qué no?

Interrumpió la conversación la entrada de su madre, una mujer pequeña pero de una gran fortaleza. Una férrea vo-

luntad se adivinaba tras la aparente fragilidad de Catalina del Puerto. Desde la desaparición de su marido en el mar, vestía de negro, tanto blusa y saya, como las medias de lana y las alpargatas de suela de esparto. Desde que sus hijas Sebastiana e Inés se casaran y se fueran a vivir a Zarauz y Mondragón respectivamente, ella se encargaba de todas las tareas domésticas, lo cual incluía la limpieza del enorme caserón familiar de tres plantas, el cuidado de los animales (gallinas, conejos y cerdos), el lavado de la ropa en el fregadero municipal y el hacer la comida para ella y para sus siete hijos varones, cuando estaban en casa.

—Ya veo que habéis encontrado algo para picar —dijo señalando el pan de centeno y la miel—. Pero no comáis mucho, os quitará el apetito para la comida.

Os traeré algo para beber. ¿Qué os apetece, vino, sidra o chacolí?

—Yo echaré un trago de vino de la bota, madre —respondió Juan Sebastián.

—Y tú querrás chacolí, como siempre, ¿no, Domingo?

El cura asintió sonriendo.

—Como siempre, madre. Para mí no hay más bebida que el chacolí, el mejor producto de nuestra tierra. Y además, hecho en el mejor lagar del mundo: el que tenemos en nuestra propia bodega.

Mientras su madre se alejaba hacia la bodega, Domingo volvió la vista hacia su hermano.

—¿Así que te gusta Isabel?

—Sí.

—¿Le has dicho algo a ella?

—No.

—Ya sabes que para casarte con ella necesitarías un permiso especial de la Iglesia.

—Lo sé.

—¿Y María?

Juan Sebastián iba a contestar, pero su madre regresaba con la bota de vino y el chacolí. Con ella venía Martín, el

más joven de los nueve hermanos.

—¡Vaya! —exclamó jovialmente—. Si tenemos en casa al cura de la familia. —Dio una palmada amistosa en el brazo de su hermano—. No te he visto llegar. ¿Cuándo has vuelto de Zumárraga?

—Hace un rato —señaló la hogaza de pan—. Estábamos tomando el *amaiketako*.

Martín descorchó una botella de chacolí y la levantó con la mano derecha todo lo que le daba el brazo, mientras que con la izquierda sostenía un ancho vaso de cristal a la altura de la rodilla.

—¿Qué tal van tus nuevos feligreses, Domingo? , ¿cometen las zumarraitarras muchos pecados?

—No más que las de Guetaria, hermano —sonrió el cura campechanamente.

Mientras hablaba, el más joven de los hermanos había empezado a escanciar el chacolí. Un hilo delgado de un vino blanco ligeramente amarillento golpeaba desde lo alto el interior del vaso produciendo un alegre gorgoteo.

—Eres todo un experto, Martín. Así es como se «rompe» el chacolí.

Martín y Domingo bebieron un buen trago del ácido vino de la región, chasqueando la lengua con indisimulado placer.

—Excelente —exclamó el sacerdote secándose la boca con el dorso de la mano—. Os habéis esmerado este año, Martín. Ha sido una cosecha magnífica.

Mientras tanto, Juan Sebastián levantaba al aire la bota de vino, una bolsa de cuero cosida herméticamente con un orificio hecho de cuerno por el que salía un fino chorro de vino a presión. El vino cayó durante un largo tiempo directamente sobre los dientes del marino.

—Bebéis y coméis como fieras —les censuró la madre fingiendo un enfado que estaba lejos de sentir—. Traeré unas aceitunas y un trozo de *txistorra*.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo, Domingo? —preguntó Martín.

—Un par de días. Después tengo que volver, hasta que se ponga bien el viejo padre Urruti. Me quedaré sólo durante las fiestas.

—¡Ah, claro! ¡Que empiezan mañana! Querrás ver los juegos rurales, por supuesto.

—No me los perdería por nada del mundo. El último año, el arrastre de piedra lo ganaron los bueyes del caserío de Mendizorroza, de Orio.

—También habrá apuestas de hachas. Ya están preparados los troncos de veinte pulgadas que tienen que cortar los *aizkolaris*.

—Si mal no recuerdo, el *Chikito* de Azpeitia ganó la última apuesta en el corte horizontal de diez troncos.

—Sí, pero este año parece que hay un mozalbeta de Motriku que corta como una sierra, al menos en vertical.

El sacerdote se sirvió otro vaso de chacolí de una forma tan hábil como su hermano. Apenas unas gotas salpicaron el encerado suelo de madera.

—Es increíble la habilidad de esos *aizkolaris*. Los troncos, en vez de madera, parecen hechos de queso de Idiazábal.

Martín asintió en silencio.

—Y hablando de quesos, ¿no habrás traído queso de Urbía, por casualidad?

Domingo sonrió y se acercó a un envoltorio que había dentro de una alacena.

—Sabía que me lo pedirías. Aquí tienes, el mejor queso de la campa de Urbía.

Martín aspiró satisfecho el fuerte olor del queso fabricado al pie del monte Aitzgorri.

—Te lo agradezco, hermano. Además de salvar almas, también sabes ganarte el agradecimiento del cuerpo.

Juan Sebastián cortó un trozo del queso y se lo ofreció a su hermano pequeño, antes de cortarse otro para sí.

—Buenísimo —exclamó—. Y cambiando de conversación: ¿Sabéis que hay una apuesta entre dos tripulaciones de balleneros?

Martín asintió mientras saboreaba el fuerte queso de oveja.

—Algo he oído. Se han apostado quinientos maravedíes en una regata desde la playa de Zarauz. El primero que llegue al puerto de Guetaria se embolsa el dinero. Habrá diez remeros en cada embarcación.

La entrada de la anciana con una fuente llena de trozos de *txistorra* recién frita, interrumpió el debate sobre las apuestas rurales y marineras.

—¡Qué bien huele, madre! —exclamó el mayor de los hermanos.

—Y mejor sabrá, hijo. A buen seguro que mejor sabrá. Están hechas en la última matanza de San Martín. Son del cerdo más gordo que hemos tenido jamás.

Durante el primer día de las fiestas del pueblo, mientras los jóvenes se divertían corriendo delante de las vaquillas y bailando jotas en la plaza del pueblo, María de Errialde y Juan Sebastián Elcano se veían a escondidas y disfrutaban de unos amores prohibidos, que quizá precisamente por ello eran más apasionados.

La férrea disciplina paterna se relajaba un poco en estos días de jolgorio y regocijo, y permitía que las jóvenes disfrutaran de unas horas más de libertad. A pesar de la oposición de su padre, que le había prohibido terminantemente que se viera con el marino, María encontraba siempre el modo de estar solas con Juan Sebastián. Ella sabía que no era correspondida con un amor tan profundo como el suyo, pero no le importaba. Sólo se sentía feliz teniendo el cuerpo musculoso de su amado junto al suyo; sintiendo sus fuertes manos acariciarle el cuerpo y sus labios ardorosos besando los suyos con pasión. Para la joven no había nada en el mundo que le importara cuando estaba a su lado; le habría seguido al fin del mundo si él se lo hubiera pedido.

María nunca había hecho el amor con nadie antes. Juan Sebastián había sido el primer hombre en su vida. Ella sabía que él se sentía un poco culpable por haberle hecho perder su virginidad, pero a ella ya no le importaba, sólo pensaba en el presente y cerraba obstinadamente los ojos al futuro.

—El lunes zarpamos de madrugada, María.

Ella se incorporó en el heno; se puso a horcajadas encima de él e hizo un mohín de enojo.

—¿Tan pronto?, ¿adónde vas esta vez?, ¿cuánto tardarás en volver?

Juan Sebastián apretó el delicado cuerpo de la joven contra el suyo. A pesar de que hacía poco habían hecho el amor, sentía que la fuerza del deseo le invadía una vez más; una ola de fuego le subía lentamente por todo el cuerpo.

—Estaré fuera unas tres o cuatro semanas.

—¿Qué sueles llevar en el barco? Contrabando, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—No siempre. Un poco de pesca, un poco de..., digamos, transporte de ciertas mercancías, un viaje de las Canarias con plátanos, otro de Alejandría con sedas y vidrios. Lo que salga.

—Ya puedes tener cuidado. No quisiera que te cogieran con contrabando.

Te meterían en la cárcel y yo me moriría sin ti.

—Y yo sin ti —dijo él con una seguridad que estaba lejos de sentir—. Pero la vida de un marino es así. Además, ya sabes que el rey me debe dinero. En cuanto me entreguen los quinientos ducados que me deben, terminaré de pagar el barco y los préstamos que tengo. Podré vivir más tranquilo.

—Viviremos, cariño.

—Tu padre nunca permitirá que nos casemos.

—Pues huiremos. Nos fugaremos en tu barco.

Juan Sebastián negó con la cabeza.